

www.elboomeran.com



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

EL VIENTO

DOROTHY SCARBOROUGH

TRADUCCIÓN DE SARA ÁLVAREZ PÉREZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019

TÍTULO ORIGINAL: *The Wind*

© de la traducción, Sara Álvarez Pérez, 2019

© Errata naturae editores, 2019

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-20-8

DEPÓSITO LEGAL: M-12851-2019

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: fotograma de la película *El viento* (1928) /

John Kobal Foundation / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

El viento fue la causa de todo. La arena también tuvo parte de culpa, y los seres humanos se vieron implicados, pero el viento fue la fuerza primigenia, y de no ser por él nada de lo que ocurrió después habría tenido lugar. Sucedió en el oeste de Texas, hace muchos, muchos años, antes de dividir los vastos parajes en granjas, antes de ararlos y sembrarlos para el cultivo, cuando no había nada que estorbase el barrido del viento a través de las llanuras sin árboles, cuando la arena volaba con furia sobre la meseta, o conformaba burlonas ondas que nunca rompían en playas, ni cercanas ni remotas, o se acumulaba en montículos que eran arrastrados por caprichosas ráfagas tan pronto como se erigían, cuando a lo largo de interminables kilómetros no había más que viento, arena y vacío, distantes del cielo.

Pero tal vez vosotros no comprendáis a los vientos del oeste de Texas. Incluso si los conocéis, tampoco serviría de mucho, porque ahora ya no son lo que eran. La civilización los ha cambiado, los ha domesticado, como los ganaderos y los cowboys cambiaron y domaron a los caballos salvajes

que deambulaban por las llanuras tiempo atrás. La civilización les ha arrebatado algo de su fuerza fogosa y elemental, les ha bajado los humos. El hombre, al construir casas aquí y allá, esparciéndolas por la llanura, al colocar vallas y plantar árboles, ha entorpecido el barrido del viento; al convertir la tierra en granjas donde crecen los cultivos, ha mermado su poder de arrojar la arena furiosamente a través de las anchas y desiertas llanuras. El hombre se ha entrometido en el dominio de los vientos, y paulatinamente, muy paulatinamente, los está conquistando.

Aunque hace siglos era diferente. El viento era salvaje y libre, más poderoso que los seres humanos.

Entre los caballos salvajes de las llanuras solía haber de vez en cuando uno veloz, fuerte y astuto al que nadie conseguía atrapar, que nunca había sentido el control de la brida ni el picotazo de la espuela, un semental que corría por las llanuras según su voluntad, indómito y libre. Dotado de una fuerza y una velocidad sobrenaturales, ningún rastreador conseguía hacerse con él: era un ser de diabólica sabiduría, tan astuto que no había artimaña que lo engañase. Uno podía oír su salvaje relincho en medio de la noche, mientras corría, o fantasear con la imagen de sus crines al viento, sus cascos restallando chispas hasta de la arena más fina, un caballo satánico que nadie podría doblegar jamás. Hay quien lo tomaba por un caballo fantasma, inmortal. Pero ya no resuena en la noche su relincho estridente: el hombre lo ha expulsado. Ha huido a otras llanuras, vastas y desprovistas de alambradas, en las que el ser humano no se ha entrometido, y ahora sólo se le conoce a través de la leyenda.

Así, el viento del norte era un semental salvaje que corría con una fuerza extraordinaria, cruel de espíritu, más temible

que el hombre. Uno podía oír sus terribles relinchos en la noche, imaginárselo surcando las llanuras con su imperiosa crin al viento y sus fogosos cascos listos para pisotear al que se interpusiera en su camino.

En los viejos tiempos, el viento era enemigo de las mujeres. ¿Las odiaba porque veía en ellas el símbolo de esa civilización que menoscabaría paulatinamente su propio poder? ¿Porque era para las mujeres para quienes los hombres construían casas —tal y como antaño construían refugios—, agrandaban los rebaños y convertían la llanura en granjas, surcando la tierra que desde la noche de los tiempos no había conocido arado alguno?

El viento era cruel con las mujeres, sometidas a su tiranía. Se ensañaba con ellas sin descanso, azotándolas con gélidas ráfagas en invierno, quemándolas con su hálito ardiente en verano, agostando su piel y enmadejando su cabello, intentando erosionar sus nervios y atemorizarlas.

La arena era el arma del viento. Se clavaba en la cara como esquirlas de cristal, cegaba, se colaba en las casas a través de las ventanas cerradas, de las puertas, de cada grieta, de cada fisura, de manera que podría hacer que la ropa de cama resultase áspera, que la comida tuviese un regusto arenoso, que el aire fuese sofocante. Se acumulaba en montículos contra cualquier valla u obstáculo, tan imponentes como la nieve tras una ventisca del norte.

¿Cómo podría haber luchado contra el viento una mujer delicada y sensible? ¿Cómo plantarle cara a una voz salvaje y estridente que impide conocer la paz del silencio, a una fuerza arrolladora que se ensañaba con ella todo el día, a un viento desnudo e incorpóreo, como un fantasma, más terrible por ser invisible, que solía gemir para ella en la noche a través de los eriales, requiriéndola como un amante demoníaco?

CAPÍTULO UNO

Una joven viajaba sola en un tren en dirección al Oeste un día de finales de diciembre, entre Navidad y Año Nuevo. La fidelidad a la tradición familiar había hecho que la llamaran Letitia, como una tía abuela, pero el cariño había suavizado ese nombre hasta convertirlo en Letty, para facilitar la tarea. Hasta hacía poco tiempo el amor había suavizado todas las cosas de su vida. Era una chica hermosa, que aparentaba menos de los dieciocho años que tenía. Con su vestido negro, su figura resultaba menuda y casi aniñada, tenía el pelo rubio y ondulado, los ojos azules como la hierba doncella de los jardines anticuados y en las mejillas, un tono ligeramente sonrosado, como los pétalos de los melocotoneros en flor. Sin embargo, ahora parecía cansada por haber recorrido toda la distancia que separa Virginia de Texas. Había pasado la noche en Fort Worth para hacer un descanso, y afrontaba el último día de su viaje. Llegaría a Sweetwater esa misma noche.

Nunca había visto Sweetwater, ni escuchado una descripción de aquel lugar; solamente sabía de esa ciudad a través del matasellos de una carta. Pero el nombre sonaba agradable¹, y

¹ «Sweetwater» significa «agua dulce». (Todas las notas son de la traductora).

por ese motivo lo murmuraba para sí misma de vez en cuando, mientras fantaseaba con imágenes inventadas acerca del aspecto que tendría la ciudad. Habría casas acogedoras con hogueras en grandes chimeneas que invitaban al sueño, y porches de frondosas vides, como en los pueblos de Virginia que conocía. Habría explanadas de hierba y huertos de árboles frutales, y jardines con todas las flores que amaba, cada una en su estación, un ciclo de belleza desde el comienzo de la primavera hasta el final del otoño. Y árboles, por supuesto, cuyas grandes ramas generosas albergaban nidos de pájaros en primavera, cuyas hojas adornaban el cielo en verano y susurraban suavemente cuando soplaban el viento, y algunas veces, cuando no había brisa, pendían inmóviles como si fuesen sólo dibujos.

¿Habría tal vez un pequeño río, deslizándose como un reguero de plata a través de la ciudad, donde una pareja podría pasear en barca en las tardes de verano? ¿O un arroyo que dejase ver foxinos arcoíris en sus bajíos y helechos en las orillas? ¿O un lago, aunque fuese uno diminuto, o un estanque donde floreciesen nenúfares de espesos pétalos y corazones de oro, y jacintos de agua azul púrpura? De una cosa estaba segura: habría agua, dulce y fresca y pura. ¿Acaso no se llamaba Sweetwater?

Tal y como uno imagina el cielo igual que un reflejo de sus sueños de amada belleza terrenal, así Letty Mason se construyó un Sweetwater que contendría todas las cosas que más le importaban. Tenía que hacer algo para escapar de la tristeza y la amargura. Cuando no quedaba nada hacia lo que volverse, excepto un pasado roto por el dolor y la separación, un futuro que no sabía lo que le auguraba, y un viaje en tren como todo presente, ¿qué se podía hacer, aparte de soñar?

En un impulso de pánico por escapar de la tristeza de los ayeres y del terror de los desconocidos mañanas, le echó un vistazo a su presente. El vagón diurno, con sus filas de asientos de terciopelo rojo, todos girados en la misma dirección como personas que no se atreviesen a mirar atrás, sería perfecto para alguien que no estuviese solo, infeliz y asustado. Unos pocos meses atrás Letty podría haberse reído y divertido en él, pero ahora le resultaba feo y hostil. En un extremo, había un contenedor de carbón grande y mugriento, y una estufa de hierro que se asemejaba a un Papá Noel enorme y rojo cuando el fogonero acababa de llenarla de carbón. Los pasajeros se reducían a unos pocos hombres con sombreros vaqueros de ala ancha, varias madres con sus bebés, algunos niños mayores y una mujer de pelo gris y aspecto de abuela que tejía un encaje de hilo blanco. Una niña pequeña con un vestido escocés de color rojo y el pelo recogido en dos trenzas de raíz prietas y severas paseaba arriba y abajo por el pasillo, tocando los reposacabezas de los asientos como si de un misterioso juego se tratase. Un granujilla de unos cinco años, con los ojos tan redondos y carentes de expresión como canicas de cristal, desparramaba su cuerpo rechoncho en el asiento enfrente de Letty y la miraba fijamente, sin parpadear. Intentó sonreírle, pero no pudo reunir la energía necesaria; de hecho, el muchacho no parecía esperar reacción alguna de ella.

Desde el otro lado del pasillo, un hombre la miraba de vez en cuando por encima de su *Dallas News*, y le sonreía indeciso, pero ella esquivaba su mirada. Era bastante atractivo, con el pelo negro y ondulado, ojos oscuros y un bigote que se curvaba en los extremos. Debía de estar orgulloso de su bigote, concluyó, ya que no dejaba de jugar con él cariñosamente. Parecía mayor, seguro que pasaba de los treinta.

Había en él algo vagamente familiar que le recordaba a alguien a quien había conocido, tal vez hacía mucho tiempo. Cuando lo miró a hurtadillas, estuvo segura de no haberle visto antes, porque se trataba de una persona que recordaría, de haberla conocido, pero le evocaba a alguien, y eso la intrigaba. ¿Quién era? Intentó analizar las impresiones que le causaba, una especie de remembranza placentera, mezclada con miedo y repulsión vagamente combinados, como en el recuerdo de un sueño.

Cuando llevaba varias horas viajando, apareció el revisor y se paró a hablar con ella, como si pensase que debía de sentirse sola.

—¿Todo en orden?

—Sí.

Se las apañó para sonreírle, pues le resultó muy amable, ¡y sus cejas eran tan graciosas! Eran negras, y brotaban repentinamente encima de sus ojos como un par de bigotes colocados allí por equivocación. Se sintió fascinada, nunca antes había visto una cosa igual. Pero no podía permitir que el hombre se diese cuenta de que eran sus falsos bigotes lo que le hacían esbozar esa sonrisa, y no él.

—¿Cómo es Sweetwater? —preguntó—. ¿Cree que me gustará?

Sus cejas se arquearon nerviosamente.

—Bueno, hmmm, eso depende de los amigos que tenga allí, hija.

—No entiendo por qué —replicó—. Hay muchos lugares en los que te lo puedes pasar bien sin amigos. Hay lugares, ya sabe, donde jamás te sentirías solo, incluso aunque te pasases las horas allí sin compañía alguna. Son tan hermosos y tranquilos que te calman y te hacen sentir venturoso, como

dicen los negros, así que en ellos estás como en casa. Y disfrutas tanto siendo tú mismo que no echas de menos a otra gente.

—Sí, eso es verdad. —Los bigotes de sus ojos parpadearon alegremente y después se marchó por el pasillo sin intentar demostrar que tenía razón, como si pensase que no merecía la pena.

Letty volvió a acurrucarse en su prisión de terciopelo rojo y miró por la ventana. El tren se deslizaba ágilmente por lo que parecía ser un huerto de melocotoneros abandonado, donde crecían árboles descuidados cuyas ramas desnudas se expandían esqueléticas, en lugar de estar bien podados y atendidos como en los huertos que había conocido en Virginia. Y no había vallas a su alrededor, ni protección alguna para evitar que los ladrones robasen la fruta en verano, si es que crecía alguna. ¡Qué extraño!

Eran los mayores huertos frutales que había visto nunca, pensó, ya que se extendían a lo largo de los dos lados de las vías, durante kilómetros y kilómetros. No se había fijado en dónde empezaban, y parecía que no acabaran nunca. La tierra estaba cubierta de una hierba seca que se movía con el viento, curvándose como si sufriera el peso del agua. Los árboles no estaban plantados en hileras, sino esparcidos irregularmente en un abandono salvaje y anárquico. Le desconcertó la extrañeza del conjunto. Sin motivo alguno, se le vino a la mente un comentario que había escuchado una vez en boca de un anciano: «Todos los símbolos se desmoronan en Texas».

Cuando la niña del vestido escocés rojo regresó, Letty extendió una mano para hacer que se detuviera.

—¿Por qué no ponen vallas a los huertos de melocotoneros? —preguntó.

—¿Dónde? —quiso saber la pequeña.

Letty señaló hacia los árboles que crecían a ambos lados de las vías. La niña los miró fijamente, con expresión sorprendida, y emitió una risita nerviosa, con carcajadas tan ligeras y espontáneas como alegres pompas de jabón.

Por encima del *Dallas News*, Letty alcanzó a ver la sonrisa del hombre del otro lado del pasillo, que estaba aguantándose la risa. ¡Así que había estado escuchando la conversación!

—Son mezquites silvestres —dijo con afán de ayudar. Letty se sonrojó y se echó hacia atrás. Su rubor distrajo e hizo las delicias del espectador, como si el rosa de los melocotoneros en flor se hubiese transformado de repente en una llama rubicunda. Eso siempre la hacía sentirse asustada y triste, y como consecuencia se sonrojó todavía más.

Para tranquilizarla, como si empatizase con sus emociones, el hombre volvió a erigir entre ellos la barricada del *Dallas News*, aunque con manifiesta reticencia.

Un momento después, cuando creyó que, sin duda, la joven ya se había recompuesto, volvió a aventurarse.

—Parecen viejos melocotoneros. O eso dice la gente.

Letty no respondió.

Tras lanzarle una mirada persistente, que avivó de nuevo el rubor de la joven, se retiró tras su periódico y no hizo esfuerzo alguno por prolongar la conversación.

A medida que iban recorriendo más kilómetros, Letty notó que el tamaño de los mezquites disminuía. Los primeros eran grandes, no como árboles del bosque, por supuesto, pero de buen tamaño, mientras que ahora iban menguando. ¿Por qué? Buscó otros árboles, pero no vio a ninguno de sus viejos amigos, aparte de esos extraños mezquites. Se sintió deprimida y apenada. ¿Acaso la vida le arrebataría incluso los árboles que

amaba? Pero, por supuesto, faltaba un buen rato para llegar a Sweetwater, y el paisaje aún podía cambiar mucho. No había que preocuparse. A pesar de todo, apoyó la mejilla en la mano y se dejó llevar por premoniciones taciturnas. Entrar en una región que no conocía de nada era duro, y dejar el hogar que siempre había amado, cruel. La vida no le había dado elección, sólo la empujaba de un sitio a otro como si no tuviera derecho a los sentimientos.

De repente, cuando estaba enjugando una lágrima furtiva, alguien la sobresaltó con un golpecito en el hombro. Al despertar de sus ensoñaciones, descubrió que el hombre del otro lado del pasillo se había cambiado de sitio y estaba sentado a su lado.

—¿Le gustaría ver unos perritos de las praderas? —dijo con indolencia—. Puede que nunca los haya visto.

—No —dijo, agitándose mientras se sonrojaba—. Nunca he visto ninguno.

El hombre señaló con el dedo índice hacia el terreno situado más allá de las vías, y la joven contempló un trecho de tierra sembrado de pequeñas colinas en las que jugaban extraños animalitos y que parecían parapetos de tierra erigidos para una tienda liliputiense. Eran rechonchas criaturas marrón rojizo, como cachorros que todavía no han comenzado a transformarse en perros, algunos sentados sobre sus ancas, encima de los montículos, otros correteando por el terreno desprovisto de vegetación y duro como el asfalto. Algunos miraban con desconfianza hacia el tren antes de esconderse en unos agujeros cavados en el suelo. Otros se escapaban torpemente, mientras unos pocos se mantenían en su lugar con impúdico desdén hacia los motores y los seres humanos.

—Ésta es una colonia de perritos de las praderas —prosiguió el hombre—. Viven en colonias, como ve, en unas casas que

ellos mismos excavan, ahí abajo. Creo que los primitivos colonos entraron en contacto con la noción de refugio gracias a esta costumbre. A veces se han encontrado serpientes de cascabel en los agujeros, conviviendo con ellos, o tal vez sólo ocupando los agujeros que ellos han abandonado. También hay por aquí ardillas terrestres y se oye el ulular de las lechuzas. Los túneles atraviesan los montículos y se extienden por toda esta zona.

—¿Y eso? ¡Qué ingenioso! —exclamó ella, olvidando su congoja y su leve miedo por aquel extraño. ¡Y pensar que existían unos animalitos adorables de los que nunca había oído hablar!

Se inclinó entusiasmada hacia la ventana y aplastó su nariz contra el cristal como una niña, para verlos hacer monerías.

—¿Los perritos de las praderas tienen un alcalde y un ayuntamiento? —Su risa le formó hoyuelos en las mejillas—. No veo la iglesia, ni el edificio de la escuela ni la prisión.

Él sonrió.

—Me parece que no son tipos muy religiosos o refinados, no mucho más que nosotros. Pero son muy sociables y humanos, en cierto modo. Los niños los tienen como mascotas.

Ella echó a volar su imaginación y se puso a pensar en cómo sería el gobierno del asentamiento de los perritos de las praderas.

—Ese gordo y perezoso de ahí debe de ser el jefe, el rico —aventuró Letty—. Su montículo es más alto que los demás, y no se escondió cuando vio venir el tren. Otros parecen más tontos y cobardes.

—Como tanta gente —coincidió él, mientras se retorció el bigote con sus largos dedos morenos y sonreía.

Se reclinó relajado al lado de la joven, como si no hubiera posibilidad alguna de no ser bienvenido. Su aspecto era el de un hombre de apacible energía bien controlada, por debajo de cuya

aparente indolencia se escondía una fuerza extraordinaria. Su interesada indiferencia no estaba muy acostumbrada a los desplantes. Sin dejar de sonreír, bajó la vista para mirarla.

Letty, que sólo había dejado de lado su timidez de manera momentánea, ante el entusiasmo de ver perritos de las praderas por primera vez, de repente frunció el ceño y echó el cuerpo hacia atrás, escondiéndose de nuevo en su caparazón. Pero el extraño pareció no darse cuenta. ¿O sí se había dado cuenta y simplemente lo había ignorado?

—¿Vive en Texas? —preguntó.

—No —dijo con frialdad. No quería hablar con él, para que se fuese y la dejara tranquila. ¿Quién se creía que era para dirigirse a ella en ese tono? Y entonces, casi sin querer, su sentido de la honestidad la obligó a proporcionarle algo más de información—: Pero... pero creo que voy a vivir allí —titubeó, enfrentándose definitivamente a ello por primera vez. Sus ojos azules se anegaron en lágrimas, y su boquita color escarlata, como la flor de la granada, tembló.

—¿Va muy lejos? —sondeó. Fue considerado, pues no mencionó su turbación.

—Me bajo en Sweetwater. ¿Conoce... lo conoce usted?

—Sí.

Sus ansias de información, su avidez de noticias sobre el lugar que habría de convertirse en su hogar libraron una batalla contra su timidez; y ganaron.

—Dígame, ¿me gustará vivir allí? —Su tono de anhelante entusiasmo hizo que él ralentizara su respuesta, como si quisiese escoger sus palabras con cuidado.

El hombre ponderó la situación con juiciosa gravedad, mientras ella lo miraba con palpitante suspense. Finalmente, habló.